

## ¿Expertos o letrados?

A partir de la segunda mitad del siglo XIX se estableció una fuerte competencia entre los hombres de letras y los científicos por el capital simbólico de la jerarquía intelectual y espiritual. Si el hombre de letras, el poeta o el artista equivalían a un sustituto del clérigo, será la ciencia la que se plantea como reemplazo de la religión.

El sabio o el científico era considerado como un especialista o un técnico, “no un tipo social que pudiese interesar a toda la humanidad”, escribe Christophe Charle en *Naissance des «intellectuels»*, mientras que “el escritor y el artista mantuvieron para sí esa doble superioridad de hacer contacto con la élite y la multitud” y de encarnar el genio mismo de la Nación.<sup>1</sup>

Siguiendo a Charle, son las grandes figuras del mundo intelectual las que se constituyen en símbolos que cristalizan los nuevos consensos que otorgan la legitimidad cultural, respaldada por premios, reconocimientos, jubileos o discursos de recepción en las academias.

En este conocido fenómeno de la historia de las ideas, la posición hegemónica de la literatura paulatinamente habría dejado de ser la fuente única de inspiración ideológica y en el tejido de las representaciones sociales se impuso la creencia de inspiración positivista en la ciencia y en el científico.

En este proceso se esgrimió que los hombres de letras dividen a causa de sus compromisos militantes. El científico, mientras tanto, si toma partido, se aleja de las pasiones políticas porque encarna, al menos en lo que concierne a su profesión, la búsqueda de la verdad, de la razón y el desinterés. Se forma así un nuevo ideal intelectual.

El capital simbólico del científico le confiere ahora autoridad moral y adquiere también autoridad política, incluso en asuntos que no competen a su campo de conocimiento o especialidad, accede al gran público y transgrede las fronteras tradicionales entre cultura literaria y cultura política.

En Francia, las exequias de Víctor Hugo en 1885 pueden ser consideradas como símbolo de esa transformación y ejemplificaron su trasfondo. Cuando esperaban los republicanos que “todas las mezquinas querellas políticas debían extinguirse frente a la grandeza de Hugo y al espectáculo edificante de su muerte” surge una resistencia que estima necesario demoler la reputación literaria del poeta que “no ha dejado, para hacerse popular, de acariciar los peores instintos” y se denuncia la utilización política de su figura.<sup>2</sup>

Marcellin Berthelot (reputado químico que renunció a patentar sus notables descubrimientos en química orgánica, lo que le habría reportado una cuantiosa riqueza, algo indigno a su parecer) sostenía que al científico se le destina un lugar privilegiado y con mayor peso político en la medida en que sus “servicios son solicitados, a menudo exigidos de manera imperativa a

nombre del interés público en ámbitos muy diversos: aplicaciones especiales para la industria o para la defensa nacional, educación pública, y en fin, política general”.<sup>3</sup>

Profundamente vinculadas a la deriva de la política, a las características del desarrollo económico y a las de su entorno cultural, las universidades de los países latinoamericanos no son del todo ajenas a las encrucijadas intelectuales descritas por Christophe Charle. En nuestro medio también encontramos la disputa por el capital simbólico en el mundo intelectual y espiritual en el que por largos periodos el científico y el técnico han adquirido mayor preponderancia.

Asimismo, ante la universidad considerada tradicional, productora de letrados, en distintos periodos históricos los gobiernos emprendieron la creación de escuelas superiores formadoras de científicos y técnicos de alto nivel. Puede citarse el caso del Instituto Politécnico Nacional en México, creado por el gobierno cardenista con el objeto de formar profesionales que impulsaran el desarrollo social del país.

Los artículos contenidos en la presente entrega de *Universidades* dan cuenta de la creciente importancia de las formaciones técnicas en la educación superior y de su vocación de especialización en las necesidades del desarrollo industrial. Estos textos muestran también la necesidad de la formación de instituciones capaces de responder a las necesidades tecnológicas de la creciente complejidad de la estructura productiva de sus respectivos países.

Durante un largo periodo, la política pública en las propias universidades consideradas tradicionales ha impulsado el fortalecimiento de sus áreas científicas y técnicas, y diversos instrumentos de apoyo presupuestal fueron orientados en este sentido con éxito en algunos casos. Por su parte, las universidades técnicas han enfrentado numerosos retos en la formación de sus docentes, en el crecimiento de su matrícula y fundamentalmente en su orientación pedagógica en países con grandes desigualdades sociales y con carencias en amplios sectores de su población, problemas que plantean una constante reconsideración de su perfil y su propósito fundamental.

El contenido de estos textos sugiere que, para consolidar el fortalecimiento de las instituciones técnicas de educación superior, seguramente será necesario superar la dicotomía entre expertos o letrados para permitir a sus egresados formarse como técnicos de alto nivel, así como ciudadanos en toda la ambición del concepto.

*Javier Torres Parés, director*

## Notas

1. *Naissance des « intellectuels », 1880-1900*, Les Éditions de Minuit, Paris, 1990, pp. 28-30.
2. Abner Ben-Amos, “Les funérailles de Victor Hugo”, en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire, I, La République*, Gallimard, Paris, p. 484.
3. Christophe Charle. *Op. Cit.*, p. 33.